

las que desatiendes ó quebrantas mas ordinariamente; reflexionando que aunque no te obliguen á pecado, sabrás algun dia, que de la observancia de ellas depende no solo la perfeccion, sino en cierto modo la salvacion de las personas religiosas. Comienza desde hoy á cumplir fielmente con las obligaciones de tu estado, y agradecerás á Dios, que es lo que debes apetecer.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CIPRIANO Y JUSTINA, virgen, en Nicomedia; la cual en tiempo del emperador Diocleciano y del presidente Eutolmio, habiendo padecido muchos tormentos por Jesucristo, convirtió á la fe al mismo Cipriano, que era mago y procuraba pervertirla con sus encantamientos; y despues fueron ambos martirizados y juntamente alcanzaron la corona del martirio. Sus cuerpos los arrojaron á las fieras, y de noche los recogieron unos marineros cristianos y los llevaron á Roma: mas adelante fueron trasladados á la Basilica Constantiniana, y colocados junto al baptisterio. (*Véase su historia hoy.*)

SAN CALISTRATO, mártir, y OTROS CUARENTA Y NUEVE SOLDADOS, en Roma; los cuales en la persecucion de Diocleciano, habiendo visto como Calistrato metido en un costal lleno de gigo y sumergido en el mar con el auxilio de Dios habia salido sin daño ninguno, abrazaron la fe de Jesucristo y padecieron el martirio juntamente con él.

SAN EUSEBIO, papa, tambien en Roma. (Sucedió á S. Marcelo en el pontificado, y sostuvo con decision la disciplina de la Iglesia en la rigurosa observancia de los cánones penitenciales con respecto á los pecadores penitentes, especialmente aquellos que habian negado la fe en las persecuciones. Muchos ofendidos de este rigor con un tal Heraclio por caudillo, le ocasionaron grandes disturbios; pero el verdadero pastor sostuvo su terreno con paciencia invencible. Fué desterrado á Sicilia por el tirano Majencio, donde murió en el año de 310. Su pontificado solo duró cuatro meses y diez y seis dias.)

SAN EUSEBIO, obispo y confesor, en Bolonia.

SAN VIGILIO, obispo, en Brescia.

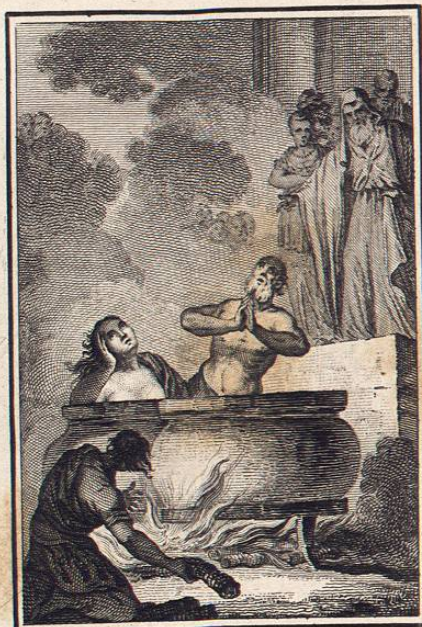
SAN SENADOR, en Albano.

SAN NILO, abad, en las cercanias de Tivoli, fundador del monasterio de Gotaferata, varon de gran santidad. (Llamóse en el bautismo Nicolás cuyo nombre cambió despues por el de Nilo: nació en Rosana en la Calabria de una familia griega, y fué casado. Habiendo muerto su esposa, se retiró á un monasterio, y pasados algunos años fijó su residencia en un bosque junto á una pequeña capilla dedicada á S. Miguel, donde llegó á tan alto punto la reputacion de su santidad, que de todas partes, hasta los obispos y los principes se llegaban á

consultarle. Con ocasion de visitarle varios se quedaron á vivir junto á su celda. A causa de las incursiones de los sarracenos Nilo con sus discipulos se fué primero al monte Casino, luego pasó diez años en el monasterio Serperi, y finalmente se fijó en Tusculo, donde fundó el monasterio de GotaFerrata. Murió en el Señor en el año de 1005 á los noventa de su edad.)

SAN AMANCIO, presbítero, en Castelo, esclarecido por el don de milagros.

SAN CIPRIANO Y SANTA JUSTINA, VÍRGEN Y MÁRTIRES.



S. CIPRIANO Y STA. JUSTINA
MARTIRES.

NACIÓ S. Cipriano en Antioquia de Siria, de una familia distinguida por su nobleza, por sus riquezas, por su reputacion, pero sobre todo, por su ciega adhesion á todas las supersticiones del gentilismo. Dedicáronle sus padres á los demonios desde la edad de siete años, y dispusieron que se educase en todas las ciencias de los sacrificios, de la astrología judiciaria, de los encantamientos y de la magia. Hallaron sus maestros en Cipriano un genio superior para estas facultades, con una inclinacion tan viva hácia este arte diabólico, que en breve tiempo fué uno de los mas hábiles magos entre todos ellos. Muy resuelto á no ignorar secreto alguno de cuantos pudiese adquirir en la escuela de los astrólogos, de los hechiceros y de los adivinos, pasó á Atenas, despues á Argos, y desde allí á Frigia, adelantándose mucho á todos los facultativos; de suerte, que reconocido universalmente por el mago mas hábil de toda la Grecia, era buscado para presidir á los sacrificios que se ofrecian á los demonios. No contento con lo que ya tenia aprendido en aquel infernal arte, pasó á Egipto, y penetró hasta la India para aprender mas y mas. Noticioso de que los caldeos eran muy sobresalientes en la astrología judiciaria, se encaminó á ellos, inicióse en sus infames misterios y en el ejercicio de todo género de sortilegios; se hizo el mago mas famoso y el mas familiar con los demonios que habian conocido los siglos. Horroriza solo el leer las abominaciones en que aquel arte le precipitó. No hubo infamia, no hubo hediondez abominable en que no se revolcase y de que no hubiese hecho vanidad. No se conocia á Cipriano por otro nombre que por el del gran maestro del arte de los demonios. Para el uso de sus operaciones mágicas se valia de cuerpos humanos; hombres, mujeres y niños, á todos los degollaba secretamente, ofreciendo su sangre á los demonios, buscando en sus entrañas los presagios de lo futuro, y medios para asegurar el suceso de sus encantamientos.

Solamente en los cristianos experimentaba que nada podia con

ellos, y por esta maravilla no los podía sufrir. Hacia todo lo posible para desacreditarlos y para perseguirlos: injurias, calumnias atroces, afrentas dolorosas, burlas sangrientas de su virtud y sátiras bufonas para hacer ridículos sus más sagrados misterios, de todo se valia para perderlos. Este era Cipriano hasta la edad de treinta años, cuando el Padre de las misericordias le escogió como á otro Saulo para hacer de él un vaso de eleccion, y para animar con su ejemplo la confianza de los mayores pecadores.

Después de todas aquellas escursiones se restituyó Cipriano á Antioquia, donde fué considerado como jefe de todos los magos. Habia en la misma ciudad una doncella llamada Justina, hija de padres gentiles. Su padre Edesio y su madre Cledonia la habian educado cuidadosamente en las supersticiones del paganismo; pero como Justina era de mucho entendimiento, luego que oyó los sermones de Praylio, diácono de Antioquia, renunció las extravagancias de la gentilidad; y convirtiéndose ella á la fe de Jesucristo, convirtió tambien á sus padres á la misma.

Desde el punto que se hizo cristiana fué una de las esposas más ilustres de Jesucristo, consagrándole su virginidad, y aplicándose á adquirir todas las demás virtudes que fomentan y conservan esta delicada virtud. No habia en toda Siria hermosura más peregrina. Era la modestia su virtud favorecida, por lo que rarísima vez se dejaba ver en público, y siempre cubierta con su manto ó con su velo. Pero todo su cuidado en que ninguno la viese no bastó para que dejase de lograrlo. un jóven llamado Agladio, el cual quedó tan ciegamente prendado de su belleza, y se encendió en su corazon un fuego tan infernal y tan impuro, que formó en él una violentísima pasión. No perdonó á medio alguno el idólatra jóven para satisfacerla; pero experimentando inútiles todas sus diligencias, recurrió á Cipriano, teniendo por sin duda que sus mágicos hechizos le pondrian en paraje de lograr sus perniciosos intentos.

Hallábase el mismo Cipriano furiosamente abrasado en igual ó en mayor lascivo fuego por Justina; pero disimulándole, se ofreció desde luego á trabajar en la empresa con tanto empeño como quien trabajaba para sí. Valióse de los más poderosos medios de la magia para hechizar á la virgen de Jesucristo; pero todo inútilmente. Ofreció á los demonios los más abominables sacrificios, invocólos, y ellos se lo prometieron todo, sintiéndose con efecto la castísima doncella asaltada de horribles tentaciones, y atemorizada con visiones horrorosas; pero sostenida de la gracia que mereció con sus continuas oraciones, con sus espantosas

penitencias, y sobre todo, con la confianza en la poderosa protección de la santísima Virgen, de quien era muy devota desde su conversion, llamándola su querida madre, salió siempre triunfante y victoriosa. En vano ponian en movimiento los demonios cuantos malignos artificios podian inventar para derribarla; en vano la intentaban atemorizar poniéndosela delante en figuras horrorosas; en vano la golpeaban hasta ponerla en peligro de la vida; solo con hacer la señal de la cruz se desvanecian todas aquellas ilusiones, y ponía en vergonzosa fuga á todas las potestades del infierno. Observa S. Gregorio que mientras duraban aquellos violentos combates no cesaba de invocar á la santísima Virgen, suplicándola favoreciese á otra virgen, cuya castidad corria tanto peligro; y que la purísima Señora la aseguró de la victoria. Agitado Cipriano del furor de su pasión, y lleno de indignacion por considerarla sin remedio, se volvió colérico contra el demonio, y dándole en cara con la pobreza de sus fuerzas, le dijo: «Pues qué, ¿es tan limitado tu poder que no le tienes para rendir á una tierna doncellita? Tú que tanto ponderas la irresistible fuerza de tu brazo, y que en tantas ocasiones has hecho tan portentosas maravillas, ¿qué mudanza es esta? ¿de dónde nace esta novedad? ¿quién protege á esa tierna doncella contra tí? ¿de qué armas se vale para burlarse de todos tus esfuerzos?» Forzado entonces el demonio por una virtud superior, le confesó la verdad, y le dijo: Que el Dios de los cristianos era el soberano señor del cielo, de la tierra y del infierno; que ningún demonio podía resistir á la señal de la cruz que Justina hacía continuamente; y que con esta señal, luego que alguno se la acercaba para tentarla, le ponía en precipitada fuga. *Segun eso,* replicó Cipriano, *muy loco he sido yo en no haberme dedicado á servir á un Señor que es más poderoso que tú. Si sola la señal de la cruz en que murió ese Dios de los cristianos puede tanto, ¿qué poder no tendrá el mismo Dios? No, no quiero yo creer en tus prestigios; renuncio tus sortilegios, y espero que desde este mismo punto el Dios de Justina será tambien el mio.*

Irritados los demonios de que se les escapase aquel por cuyo medio habian conquistado á tantos, se apoderaron al punto de su cuerpo; pero presto dejaron la posada, dice S. Jerónimo, compelidos de la gracia de Jesucristo, que se hizo dueño de aquel corazon. Muchos y muy violentos combates tuvo que sufrir contra los enemigos de su salvacion y contra sí mismo para romper sus inveteradas costumbres en el pecado; pero el Dios de Justina, que no cesaba de invocar desde que conoció su poder, le sacó victorioso de todo.

Tenia Cipriano un amigo llamado Eusebio que era cristiano, y muchas veces le habia amonestado que dejase aquella infame profesion. Buscóle Cipriano, y deshaciéndose en lágrimas, le dijo: *Ya en fin, amado amigo, reconocí mis errores y palpé mis descaminos. Dime claramente si tu Dios, á quien desde luego confieso por único Dios verdadero, se dignará recibir en el número de sus siervos á un hombre tan malvado como yo; y si podrá alentarse mi esperanza á tener alguna parte en sus misericordias.* Gozosamente sorprendido Eusebio á vista de tan milagrosa mudanza, le dió mil enhorabuenas, y le animó á esperar lo todo de la misericordia del Señor, cuyos efectos experimentaba ya en aquella misma conversion. Sirvióle mucho aquel buen amigo en los primeros dias de prueba; porque los demonios, viendo que Cipriano perseveraba firme en su resolucion, pusieron en ejecucion todos sus enredos, todas sus tentaciones y todos sus artificios para perderle. Irritaron todas sus pasiones aquellos espíritus orgullosos, impuros y hediondos, poniendo verdaderamente en terribles pruebas su generosa resolucion; pero fortalecido Cipriano con la divina gracia, sostenido y alentado con los buenos consejos de su amigo Eusebio, resistió á todos los esfuerzos del infierno. Hacia incesantemente sobre sí la señal de la cruz; tenia de continuo en la boca y en el corazon el sagrado nombre de Jesucristo, y no cesaba un punto de implorar la asistencia de la santísima Virgen. Viendo los demonios que les salian mal todos los demás artificios, acordaron tentarle por el camino de la desesperacion; tentacion que no fué la menor, sino quizá la mas peligrosa de todas.

Representáronle que el Dios de los cristianos era á la verdad el único verdadero Dios; pero que era un Dios de pureza, un Dios que castigaba con estrema severidad las menores culpas, de cuyo excesivo rigor ellos mismos eran la mas decisiva prueba, pues por un solo pecado de orgullo eran víctima de su eterna cólera. Que no habia perdon para él, para quien ya estaba preparado un lugar en lo mas profundo del infierno por la enormidad de sus pecados; y pues ya no tenia que esperar misericordia, el único y mejor partido que le restaba era divertirse y dar gusto á sus pasiones mientras le durase la vida. En gran peligro puso la salvacion de Cipriano esta terrible y apretada tentacion. Su amigo Eusebio le sostuvo muchas veces para que no desconfiase de la misericordia de Dios; y temiendo que al cabo le rindiese, le llevó consigo á Anthimo, obispo de Antioquia. Al principio rezelo el santo prelado que se ocultase alguna supercheria bajo aquellas apariencias de conversion, y desconfió mu-

cho así de las palabras como de las lágrimas del famosísimo mago; pero instruido bien de todo lo que habia pasado, del motivo de su conversion y de la generosidad con que habia resistido á todas las pruebas, le esforzó, le catequizó y le dispuso para recibir el bautismo.

Informada ya por este tiempo Sta. Justina de todo lo que pasaba, y de la conversion milagrosa de Cipriano, no cesaba de implorar para él la misericordia del Señor con rigurosas penitencias y con fervientes oraciones. Hallándose Cipriano suficientemente instruido y cada dia mas confirmado en su resolucion, llevó todos sus libros de magia al santo obispo; y para convencer á todo el mundo de la sinceridad de su conversion, él mismo quiso quemarlos por su propia mano en presencia de todos los fieles. Reengendrado ya á la gracia por el santo bautismo, fué despues tan zeloso cristiano como antes habia sido hábil y pernicioso mago, haciendo su conversion tanto fruto como ruido; y trasformado en defensor y predicador de la fe de Jesucristo, convirtió un prodigioso número de gentiles.

Tuvo Sta. Justina tanto gozo de esta insigne conversion, que en testimonio de su reconocimiento al autor de ella, dice S. Cipriano, encendió una lámpara, se cortó los cabellos para consagrárselos á Dios, vendió todas sus galas, joyas y muebles, con todo lo que tocaba á su dote, y repartió el precio entre los pobres. Su padre y su madre tambien ofrecieron á Dios la casa, y se la cedieron para que se convirtiese en iglesia. Eusebio fué reconocido desde entonces como el ángel del Señor, y á instancia de todos los fieles fué ordenado de presbítero. Agladío, en cuyo favor habia cometido Cipriano tantos y tan abominables pecados, reconoció la flaqueza y los embustes de los demonios, se hizo cristiano, y distribuyó toda su hacienda entre los pobres.

Hizo S. Cipriano maravillosos progresos en los caminos de Dios. Desde entonces fué su vida un continuo ejercicio de la mas rigurosa penitencia. Dejábase ver algunas veces á la puerta de la iglesia con la cabeza desnuda, cubierta de ceniza, postrado en tierra, y pidiendo á todos los fieles que implorasen la misericordia de Dios por aquel miserable pecador. Para humillarse mas y para abatir su natural orgullo consiguió á fuerza de grandes ruegos que le encargasen el cuidado de limpiar y de barrer la iglesia. Vivía en compañía del presbítero Eusebio, á quien siempre consideró y veneró como á su padre en Jesucristo; y aquel Señor, que se complace en derramar los tesoros de su misericordia sobre los humildes y sobre los mayores pecadores verdaderamente arrepentidos, le concedió el don de milagros.

Como estaba dotado de una elocuencia natural y persuasiva, empleó sus talentos en convertir á los idólatras. Fué en esto extraordinariamente feliz, y aumentó tan considerablemente el rebaño de Jesucristo; que despues de la muerte de Anthimo se asegura que todos los fieles le escogieron unánimemente por su pastor, y que fué sucesor suyo en la silla de Antioquia. El que habia sido fervoroso cristiano y santo presbítero, fué despues modelo de prelados, reconociendo luego todo su rebaño que tenia en Cipriano un nuevo apóstol. Impelido de su humildad, divulgó su confesion, y esta confesion, en que no disimulaba alguna de sus culpas, animó la confianza de los mayores pecadores, y contribuyó mucho á la conversion de los infieles.

Hacia mucho ruido en el mundo el nombre de S. Cipriano, sus estrañas aventuras, su zelo y las conquistas que hacia cada dia estendiendo el reino de Jesucristo; por lo que no podia menos de llegar á noticia de los emperadores. Hallábase á la sazón Diocleciano en Nicomedia; é informado así de las maravillas de Cipriano, como de la eminente santidad de la virgen Justina, los mandó prender. Eutolmio, gobernador de la Fenicia, cuya ordinaria residencia era la ciudad de Cira, hizo que se le condujesen al mismo tiempo que fué arrestada Sta. Justina en Damasco, donde se habia retirado con un crecido número de otras santas doncellas. Habiendo comparecido ambos en presencia del juez, respondieron con tanta constancia y con tanta generosidad, confesando la fe de Jesucristo con tanta resolucion, que Eutolmio quedó sorprendido; mas no queriendo creyese alguno que favorecia á los cristianos, mandó despedazar á azotes á Sta. Justina, y al mismo tiempo hizo suspender en el aire á S. Cipriano, y que le desollasen y surcasen el cuerpo hasta los huesos con unas de acero y garfios puntiagudos, de modo que causaba horror aun á los mismos paganos. Pero como este terrible tormento no debilitase un punto su firmeza, mandó que los encerrasen en prisiones separadas; y viendo que ni sus amenazas ni sus promesas hacian impresion en el ánimo ni en el corazon de los generosos mártires, ordenó que cada uno de ellos fuese metido en una caldera de cobre llena de pez, grasa y cera derretida. Conocióse que los santos mártires no sentian dolor alguno en aquel tormento por la alegría que manifestaban en sus semblantes y en sus palabras; y aun se notó que no tenia fuerzas ni calor el fuego que estaba debajo de la caldera. Hallábase presente un sacerdote de los ídolos llamado Atanasio, grande mago, y en otro tiempo compañero y discípulo de Cipriano, el cual se persuadió que todo aquello era efecto de los hechizos y encantamientos de su antiguo maestro. Vinole la

gana de hacer lo mismo con el fin de desacreditar las maravillas de S. Cipriano, y de camino hacerse hombre famoso y recomendable á todo el pueblo. Habiendo hecho, pues, sus invocaciones á los demonios, sus imprecaciones y sus ceremonias mágicas, se arroja precipitadamente en una caldera; pero no bien entró en el fuego cuando quedó reducido á ceniza. Con este suceso quedaron nuevamente aplaudidas y estimadas las maravillas de nuestro Santo, de modo que faltó poco para que se sublevase en su favor toda la ciudad. Intimidado el juez, tomó el partido de remitir los santos mártires á Diocleciano, que á la sazón se hallaba en Nicomedia, y le escribió todo lo sucedido. Luego que Diocleciano leyó la carta mandó que sin otra formalidad ni proceso les cortasen la cabeza, lo que se ejecutó inmediatamente el dia 26 de setiembre á la orilla del rio Gallo que pasa cerca de la ciudad.

Otro cristiano, llamado Teoctisto, que habia declarado basantemente su profesion, acercándose a la oreja de S. Cipriano para hablarle en secreto, recibió la misma corona que ellos, siendo condenado por la propia sentencia. Era un marinero que acababa de desembarcar en Bitinia, y venia de las costas de Toscana. Noticiosos sus compañeros de lo que habia pasado, acudieron á llevarse los santos cuerpos á pesar de los guardias apostados para estorbar que se les diese sepultura. Fueron llevadas á Roma estas preciosas reliquias, y allí estuvieron ocultas mucho tiempo en casa de una virtuosa señora, hasta que otra señora no menos piadosa, llamada Rufina, descendiente del emperador Claudio II, las hizo edificar una pequeña iglesia en tiempo del emperador Constantino, de donde en fin fueron trasladadas á la iglesia de S. Juan de Letran, por otro nombre la Basílica de Constantino. Venérase en Tolosa una porcion de estas santas reliquias.

La misa es en honor de los santos mártires Cipriano y Justina, y la oracion la siguiente:

Protéjanos, Señor, el contínuo amparar á los que concedes la nudo favor de tus bienaventurados mártires Cipriano y Justina, porque nunca dejas de

La Epistola es del cap. 10 de la de S. Pablo á los hebreos, y la misma que el dia xix, pág. 402.

REFLEXIONES.

El tiempo que resta es corto, y muy corto. Por larga que sea la vida, toda su duracion es menos que un instante respecto de la eternidad. ¡Qué son setenta, qué son noventa años comparados con una duracion sin fin! Son como un punto, como menos que un punto respecto á la estension de este vasto universo. Tiempo vendria en que este punto añadido de mil en mil años á otro punto, llenaria todo este espacio del mundo y otros diez mil espacios mucho mas dilatados que él; pero la eternidad no habria perdido ni un solo instante de su duracion. Multiplica números sobre números, y despues de haber imaginado esa multitud casi infinita de siglos en que se pierde la imaginacion, no se disminuiria ni un solo momento á la espantosa eternidad. Con todo eso, la felicidad ó la infelicidad infinita de esa eternidad incomprendible y espantosa depende del bueno ó del mal uso de ese punto de tiempo. ¡Y este tiempo se administra con tan poca economía! ¡y se aprovecha tan poco de este tiempo! ¡y este tiempo se deja pasar y se deja perder como si su pérdida fuese de ninguna consecuencia! Buen Dios, ¡y qué visiblemente acredita esta conducta nuestra poca fe y nuestra poca religion! El jóven imagina delante de sí una carrera, cuyo término apenas le alcanza á ver; pero pocos llegan tan allá como la edad los promete, y ninguno deja de hallarse en la última hora mucho antes de lo que él se imaginaba. El que se halla en una edad avanzada, cuenta con no sé qué fondo de salud y de robustez que le parece no se ha de alterar jamás, y siempre fija la época de su muerte á algunos años mas allá. Ni aun se cree que la misma vejez nos va acercando al fin de la vida. Sea falta de entendimiento ó falta de religion, pocos viejos consideran próxima su muerte. Ni aun la misma enfermedad nos hace confesar que el tiempo es corto. Ninguno deja de pensar que todavía ha de tener mas tiempo; pero al fin, si el número de los años y la misma decrepitez de la senectud nos está diciendo sin cesar, mal que nos pese, que el tiempo es breve; ¿cuantos viejos se encuentran que se conviertan? Solo se piensa en aplicar cuantos medios se discurren conducentes para prolongar la vida, y de ninguna manera en lo que puede conducir para santificar lo poco que resta de ella. No parece sino que las personas ancianas temen que si piensan en la muerte, el mismo pensamiento se la traiga á su casa mas apriesa. Es necesario haber vivido en un continuo pensamiento de que algun día se ha de morir, para emplear los últimos momentos de la vida en

procurar una cristiana muerte. El tiempo es breve, dice el caminante; luego es menester darme prisa para llegar al término de la jornada. El tiempo es breve, dice el mercader; luego es menester aprovecharle para hacer negocio. Solo, ó casi solo, el cristiano no sabe sacar la debida consecuencia en orden á la otra vida, confesando que es breve el tiempo de la presente. Parece que solo en el negocio que nos importa mas estamos faltos de juicio y de razon.

El Evangelio es del cap. 24 de S. Mateo, y el mismo que el dia XIX, pág. 405.

MEDITACION.

De los frutos de la penitencia.

PUNTO PRIMERO. — Considera la mucha razon que tuvo el Salvador del mundo para encargarnos tanto el cuidado de que no nos engañasen. Bien se puede decir que en punto de salvacion no hay cosa mas comun que la ilusion y el engaño. Nunca se muestra mas ingenioso nuestro amor propio para alucinarnos; pero ¿y qué hacemos nosotros para no ser engañados?

Tal vez nos valemos de ciertos ejercicios espirituales, de ciertas devociones, de ciertos actos de virtud ejercitados muy superficialmente, á cuya sombra nos atolondramos y vivimos muy tranquilos sobre muchos puntos que están pidiendo reforma. Cayóse en pecado; todos imaginan haber hecho penitencia; ¿pero donde están los frutos de ella? Sin embargo, toda penitencia infructuosa es como si no se hiciese. En vano se lisonjea el hombre de una conversion exterior si no está convertido el corazon.

— Por frutos de penitencia no se entienden solamente las maceraciones del cuerpo, sino principalmente la mortificacion de las pasiones y la reforma de las costumbres: estos son propiamente los frutos que espera Dios de nuestra penitencia.

La frecuencia de sacramentos, la oracion y las buenas obras son sin duda grandes medios para arribar á la perfeccion; pero si no obstante unos medios tan poderosos nos mantenemos siempre imperfectos, siempre altivos, impacientes, envidiosos, inmortificados y coléricos, ¿se podrá contar mucho sobre el uso de esos medios?

— Actos son de penitencia las austeridades corporales; pero el fruto de esta penitencia exterior debe ser la mortificacion de las

pasiones y la reforma de las siniestras inclinaciones del alma. ¿De qué servirá un exterior humilde y reformado, si se abriga la hiel en el corazón, y si el orgullo secreto es la pasión dominante?

Pero no basta llevar frutos de penitencia. Son tan comunes las adversidades en esta vida, y tan frecuentes los trabajos, que en este sentido apenas habría árboles estériles. Es menester llevar frutos *dignos* de penitencia; es decir, frutos verdaderos de penitencia dignos de ser presentados al Señor, agradables á sus divinos ojos, y que sean de su gusto. ¿Tienen estas calidades los que yo he llevado hasta aquí? ¿son de esta especie?

Esos ayunos tan mal observados, esas mortificaciones de tan poca duración y tan ligeras, esas muestras, esas apariencias de arrepentimiento y de penitencia, ¿no son frutos verdes y sin sazón que nunca llegan á madurar?

¡Mi Dios, y cuanto es de temer que al tiempo de la cosecha en que tomáis cuentas tan exactas, y en que el padre de familias examina tan escrupulosamente lo que producen sus tierras, no nos hallemos alcanzados en muchas partidas!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la penitencia sin fruto es penitencia sin mérito. ¡Cuántos padecen sin que reciba Dios sus trabajos! Son muchos los afligidos, pero pocos los penitentes.

La vida religiosa es un continuo ejercicio de penitencia. ¿Y no sería mucha desgracia haber llevado sin fruto una vida austera y penitente? ¿Pero qué fruto? Un religioso entregado enteramente á la tibieza y á la relajación; un religioso todo lleno, todo ocupado del espíritu del mundo, ¿qué fruto puede sacar de su penitencia? ¡Oh, y qué necesidad es no querer aprovechar de los frutos de la cruz que necesariamente se trae á las espaldas! No por eso se padecería mas; antes se padecería mucho menos, porque los frutos, aunque se presentan amargos, son verdaderamente dulces y sabrosos. No se percibe esta dulzura porque se busca la satisfacción fuera de la cruz.

Ninguno hay que no tenga mucho que padecer en esta vida. En todas partes se usan trabajos; ni están exentos de ellos los que viven con mayores conveniencias. Todo terreno produce este género de plantas. ¿Por qué dejaremos perder el fruto que dan? Padezcamos á lo menos con paciencia, ya que no seamos tan santos y tan generosos que padezcamos con alegría. Ofrezcamos nuestros trabajos á Jesucristo uniéndolos con los suyos; aceptémoslos como castigo muy merecido por nuestros pecados. No por eso nos afligirán mas, y por otra parte no será

sin fruto; antes harán parte del fruto de nuestra penitencia.

¿Nos costaría mucho trabajo el hallar los miserables frutos de nuestras pasiones, de nuestras inclinaciones viciosas, y los que produce el terreno de nuestra iniquidad? ¿Pero cuanto nos costaría encontrar los frutos dignos de nuestra penitencia! Sin embargo, el día va declinando, el tiempo de la cuenta se acerca, hallámonos casi al fin de la carrera, tocamos la sepultura con la mano. ¿Quién nos asegurará de lo contrario?

¿Qué frutos ha llevado hasta aquí nuestra penitencia? frutos secos y amargos por no haberlos dulcificado el riego de la divina gracia; frutos verdaderamente podridos por la impaciencia, el enfado y el desabrimiento con que ha ido acompañada nuestra penitencia; frutos inútiles y sin sazón porque la cobardía, la inconstancia y el haber vuelto la pasión no los dejó madurar. Y en medio de eso esta es toda nuestra provisión, este es, por decirlo así, todo el descargo con que salimos de este mundo para comparecer ante el tribunal de la divina Justicia.

Mi Dios, todavía estoy por vuestra infinita misericordia en estado de hacer menos infructuosa mi penitencia. Confieso que por áspera y por larga que sea nunca será correspondiente á mis maldades; pero confío con el auxilio de vuestra divina gracia hacer en adelante frutos de penitencia que no merezcan ser desechados de vos.

JACULATORIAS. — Vos sabéis, Señor, las lágrimas que me han costado mis culpas; llorarélas por toda la vida sin exceptuar aun el tiempo destinado al necesario descanso, porque regaré mi cama con las lágrimas de mis ojos. (*Psalm. 6.*)

Bien veis, Señor, lo que siente mi corazón, y testigo sois de mis lágrimas y de mis suspiros. (*Psalm. 37.*)

PROPOSITOS.

1 Asombro es que los mas obligados á hacer penitencia sean los que menos hacen. ¿Cuántas imposibilidades quiméricas, ó á lo menos cuantas dificultades insuperables se alegan cuando se trata de admitir una ligera penitencia por las mas enormes culpas? Pocas señoras del mundo, pocos jóvenes disolutos pueden ayunar, qué digo ayunar, los mas pretenden que se les debe dispensar hasta de la misma abstinencia. Si se trata de dar limosnas, hay deudas, hay una numerosa familia, está una persona sitiada de obligaciones. Si se habla de algunas devociones en la iglesia, de un rato de oración, no se puede, no hay tiempo,

lo estorban las visitas; de manera, que los mayores pecadores parece que el dia de hoy se consideran desobligados de hacer penitencia. ¿Pero como se podrán lisonjear de ser penitentes? Examina si has estado hasta aquí en este error. Guárdate bien cuando te llegues al sagrado tribunal de la penitencia de consultar tu sensualidad, tu amor propio y tu delicadeza. Considerate á los pies del confesor como á los pies de Jesucristo. El es tu médico, no te toca á tí escoger los remedios; él es tu juez, no te corresponde á tí determinar la sentencia ni la pena que se te impone en satisfaccion de tus pecados. ¿Qué señal hay de contricion en todas esas quisquillosas dificultades, en todas esas vanas excusas? Acepta siempre con humildad y con sumision la penitencia que te impusieren. O gran Dios, ¡qué proporcion hay entre la pena y la culpa! Pero si te considerares obligado á representar alguna cosa, hazlo con tanto rendimiento y con tanta indiferencia, que se conozca tiene en ello mas parte la razon que la sensualidad.

2 No creas que la penitencia que te impone el confesor te excusa de hacer otra; aquélla es como arras, ó como prenda de ésta. Toda la vida de un cristiano, y sobre todo de un cristiano pecador debe abundar en frutos de penitencia. Si no todos se pueden macerar con largas abstinencias y con otras austeridades, todos, sin esceptuar uno solo, se pueden y se deben mortificar. Son muchas las especies que hay de frutos de penitencia. Todas cuantas cosas se presentan te pueden dar ocasion para oponerte á tus inclinaciones naturales. El humor, el genio y hasta las mismas pasiones pueden servir para esta dichosa fertilidad. No hay tiempo ni lugar que no proporcione algun motivo para el ejercicio de la penitencia. Hay ciertas circunstancias en que te vienen grandes impulsos de ver ó de hablar; ¡qué bella ocasion para callar y bajar los ojos! Puede granjearte grande aplauso en una conversacion un dicho agudo y á tiempo, una zumba con discrecion; pero suprimiendo uno y otro, te ofrecen tambien materia para un grande sacrificio. Siendo la conversion del corazon y la reforma de las costumbres los que se llaman con propiedad verdaderos frutos de penitencia, vive de manera que se reconozcan en tu modestia, en tu moderacion y en toda tu conducta. Donde no hay reforma, ni hay frutos de penitencia, ni hay conversion.